

que nos volveremos por donde venimos. E cuanto á lo que dice, que no tiene comida sino muy poco, é que no nos podremos sustentar, que somos hombres que con poca cosa que comemos nos pasamos, é que ya vamos á su ciudad, que haya por bien nuestra ida. Y luego en despachando los mensajeros, comenzamos á caminar para Méjico; y como nos habian dicho y avisado los de Guaxocingo y los de Chalco que Montezuma habia tenido pláticas con sus ídolos y papas que si nos dejaria entrar en Méjico ó si nos daria guerra, y todos sus papas le respondieron que decia su Huichilóbo que nos dejase entrar, que allí nos podrá matar, segun dicho tengo otras veces en el capítulo que dello habla; y como somos hombres y temiamos la muerte, no dejábamos de pensar en ello; y como aquella tierra es muy poblada, íbamos siempre caminando muy chicas jornadas, y encomendándonos á Dios y á su bendita Madre nuestra Señora, y platicando cómo y de qué manera podiamos entrar, y pusimos en nuestros corazones con buena esperanza, que pues nuestro Señor Jesucristo fué servido guardarnos de los peligros pasados, que tambien nos guardaria del poder de Méjico; y fuimos á dormir á un pueblo que se dice Iztapalatenango, que es la mitad de las casas en el agua y la mitad en tierra firme, donde está una sierrezuela, y agora está una venta cabe él, y allí tuvimos bien de cenar. Dejemos esto, y volvamos al gran Montezuma, que como llegaron sus mensajeros é oyó la respuesta que Cortés le envió, luego acordó de enviar á su sobrino, que se decia Cacamatzin, señor de Tezcuco, con muy gran fausto á dar el bien venido á Cortés y á todos nosotros; y como siempre teniamos de costumbre tener velas y corredores del campo, vino uno de nuestros corredores á avisar que venia por el camino muy gran copia de mejicanos de paz, y que al parecer venian de ricas mantas vestidos; y entonces cuando esto pasó era muy de mañana, y queriamos caminar, y Cortés nos dijo que reparásemos en nuestras posadas hasta ver qué cosa era; y en aquel instante vinieron cuatro principales, y hacen á Cortés gran reverencia, y le dicen que allí cerca viene Cacamatzin, grande señor de Tezcuco, sobrino del gran Montezuma, y que nos pide por merced que aguardemos hasta que venga; y no tardó mucho, porque luego llegó con el mayor fausto y grandeza que ningun señor de los mejicanos habiamos visto traer, porque venia en andas muy ricas, labradas de plumas verdes, y mucha argentería y otras ricas piedras engastadas en ciertas arboledas de oro que en ellas traia hechas de oro, y traian las andas á cuevas ocho principales, y todos decian que eran señores de pueblos; é ya que llegaron cerca del aposento donde estaba Cortés, le ayudaron á salir de las andas, y le barrieron el suelo, y le quitaban las pajas por donde habia de pasar; y desde llegaron ante nuestro capitán, le hicieron grande acato, y el Cacamatzin le dijo: «Malinche, aquí venimos yo y estos señores á te servir, hacerte dar todo lo que hubieres menester para tí y tus compañeros, y meteros en vuestras casas, que es nuestra ciudad; porque así nos es mandado por nuestro señor el gran Montezuma, y dice que por esto lo deja, y no por falta de muy buena voluntad que os tiene.» Y cuando nuestro capitán y todos nosotros vimos

tanto aparato y majestad como traian aquellos caciques, especialmente el sobrino de Montezuma, lo tuvimos por muy gran cosa, y platicamos entre nosotros que cuando aquel cacique traia tanto triunfo, ¿qué haria el gran Montezuma? Y como el Cacamatzin hubo dicho su razonamiento, Cortés le abrazó y le hizo muchas caricias á él y á todos los mas principales, y le dió tres piedras que se llaman margajitas, que tienen dentro de sí muchas pinturas de diversas colores, é á los demás principales se les dió diamantes azules, y les dijo que se lo tenia en merced, é ¿cuándo pagaria al señor Montezuma las mercedes que cada dia nos hace? Y acabada la plática, luego nos partimos; é como habian venido aquellos caciques que dicho tengo, traian mucha gente consigo y de otros muchos pueblos que están en aquella comarca, que se llaman á vernos, todos los caminos estaban llenos dellos; y otro dia por la mañana llegamos á la calzada ancha, íbamos camino de Iztapalapa; y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha por nivel cómo iba á Méjico, nos quedamos admirados, y deciamos que parecia á las casas de encantamento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cues y edificios que tenian dentro en el agua, y todas de cal y canto; y aun algunos de nuestros soldados decian que si aquello que veian si era entre sueños. Y no es de maravillar que yo aquí lo escriba desta manera, porque hay que ponderar mucho en ello, que no sé cómo lo cuente, ver cosas nunca oidas ni vistas y aun soñadas, como vimos. Pues desde que llegamos cerca de Iztapalapa, ver la grandeza de otros caciques que nos salieron á recibir; que fué el señor del pueblo, que se decia Coadlauaca, y el señor de Cuyoacan, que entrambos eran deudos muy cercanos del Montezuma; y de cuando entramos en aquella villa de Iztapalapa de la manera de los palacios en que nos aposentaron, de cuán grandes y bien labrados eran, de cantería muy prima, y la madera de cedros y de otros buenos árboles olorosos, con grandes patios é cuartos, cosas muy de ver, y entoldados con paramentos de algodon. Después de bien visto todo aquello, fuimos á la huerta y jardín, que fué cosa muy admirable vello y pasallo, que no me hartaba de mirallo y ver la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenia, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce; y otra cosa de ver, que podrian entrar en el verjel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenia hecha, sin saltar en tierra, y todo muy encalado y lucido de muchas maneras de piedras, y pinturas en ellas, que habia tanto que ponderar, y de las aves de muchas raleas y diversidades que entraban en el estanque. Digo otra vez que lo estuve mirando, y no creí que en el mundo hubiese otras tierras descubiertas como estas; porque en aquel tiempo no habia Perú ni memoria dél. Agora toda esta villa está por el suelo perdida, que no hay cosa en pie. Pasemos adelante, y diré cómo trujeron un presente de oro los caciques de aquella ciudad y los de Cuyoacan, que valia sobre dos mil pesos, y Cortés les dió muchas gracias por ello y les mostró grande amor, y se les dijo con nuestras lenguas las cosas tocantes á

nuestra santa fe, y se les declaró el gran poder de nuestro señor el Emperador; é porque hubo otras muchas pláticas, lo dejaré de decir, y diré que en aquella sazón era muy gran pueblo, y que estaba poblada la mitad de las casas en tierra y la otra mitad en el agua; agora en esta sazón está todo seco, y siembran donde solia ser laguna, y está de otra manera mudado, que si no lo hubiera de antes visto, no lo dijera, que no era posible que aquello que estaba lleno de agua esté agora sembrado de maizales y muy perdido. Dejémoslo aquí, y diré del solenísimo recibimiento que nos hizo Montezuma á Cortés y á todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de Méjico.

CAPITULO LXXXVIII.

Del gran é solene recibimiento que nos hizo el gran Montezuma á Cortés y á todos nosotros en la entrada de la gran ciudad de Méjico.

Luego otro dia de mañana partimos de Iztapalapa muy acompañados de aquellos grandes caciques que atrás he dicho. Íbamos por nuestra calzada adelante, la cual es ancha de ocho pasos, y va tan derecha á la ciudad de Méjico, que me parece que no se tuerce poco ni mucho; é puesto que es bien ancha, toda iba llena de aquellas gentes, que no cabian, unos que entraban en Méjico y otros que salian, que nos venian á ver, que no nos podiamos rodear de tantos como vinieron, porque estaban llenas las torres y cues y en las canoas y de todas partes de la laguna; y no era cosa de maravillar, porque jamás habian visto caballos ni hombres como nosotros. Y de que vimos cosas tan admirables, no sabiamos qué nos decir, ó si era verdad lo que por delante parecia, que por una parte en tierra habia grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, é víamoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchas puentes de trecho á trecho, y por delante estaba la gran ciudad de Méjico, y nosotros aun no llegábamos á cuatrocientos cincuenta soldados, y teniamos muy bien en la memoria las pláticas é avisos que nos dieron los de Guaxocingo é Tlascala y Talmanalco, y con otros muchos consejos que nos habian dado para que nos guardásemos de entrar en Méjico, que nos habian de matar cuando dentro nos tuviesen. Miren los curiosos lectores esto que escribo, si habia bien que ponderar en ello; ¿qué hombres ha habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen? Pasemos adelante, y vamos por nuestra calzada. Ya que llegábamos donde se aparta otra calzadilla que iba á Cuyoacan, que es otra ciudad adonde estaban unas como torres, que eran sus adoratorios, vinieron muchos principales y caciques con muy ricas mantas sobre sí, con galanía y libreas diferenciadas las de los unos caciques á los otros, y las calzadas llenas dellos, y aquellos grandes caciques enviaba el gran Montezuma delante á recibirnos; y así como llegaban delante de Cortés decian en sus lenguas que fuésemos bien venidos, y en señal de paz tocaban con la mano en el suelo y besaban la tierra con la misma mano. Así que, estuvimos detenidos un buen rato, y desde allí se adelantaron el Cacamacan, señor de Tezcuco, y el señor de Iztapalapa y el señor de Tacuba y el señor de Cuyoacan á encontrarse con el gran Montezuma, que

venia cerca en ricas andas, acompañado de otros grandes señores y caciques que tenian vasallos; é ya que llegábamos cerca de Méjico, adonde estaban otras torrecillas, se apeó el gran Montezuma de las andas, y trañale del brazo aquellos grandes caciques debajo de un palio muy riquísimo á maravilla, y la color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas y piedras chalchihuis, que colgaban de unas como bordaduras, que hubo mucho que mirar en ello; y el gran Montezuma venia muy ricamente ataviado, segun su usanza, y traia calzados unos como cotaras, que así se dice lo que se calzan, las suelas de oro, y muy preciada pedrería encima en ellas; é los cuatro señores que le traian del brazo venian con rica manera de vestidos á su usanza, que parece ser se los tenian aparejados en el camino para entrar con su señor, que no traian los vestidos con que nos fueron á recibir; y venian, sin aquellos grandes señores, otros grandes caciques, que traian el palio sobre sus cabezas, y otros muchos señores que venian delante del gran Montezuma barriendo el suelo por donde habia de pisar, y le ponian mantas porque no pisase la tierra. Todos estos señores ni por pensamiento le miraban á la cara, sino los ojos bajos é con mucho acato, excepto aquellos cuatro deudos y sobrinos suyos que le llevaban del brazo. E como Cortés vió y entendió é le dijeron que venia el gran Montezuma, se apeó del caballo, y desde llegó cerca de Montezuma, á una se hicieron grandes acatos; el Montezuma le dió el bien venido, é nuestro Cortés le respondió con doña Marina que él fuese el muy bien estado. E pareceme que el Cortés con la lengua doña Marina, que iba junto á Cortés, le daba la mano derecha, y el Montezuma no la quiso é se la dió á Cortés; y entonces sacó Cortés un collar que traia muy á mano de unas piedras de vidrio, que ya he dicho que se dicen margajitas, que tienen dentro muchas colores é diversidad de labores, y venia ensartado en unos cordones de oro con almizque porque diesen buen olor, y se le echó al cuello al gran Montezuma; y cuando se lo puso le iba á abrazar, y aquellos grandes señores que iban con el Montezuma detuvieron el brazo á Cortés que no le abrazase, porque lo tenian por menosprecio; y luego Cortés con la lengua doña Marina le dijo que holgaba agora su corazon en haber visto un tan gran príncipe, y que le tenia en gran merced la venida de su persona á le recibir y las mercedes que le hace á la continua. E entonces el Montezuma le dijo otras palabras de buen comedimiento, é mandó á dos de sus sobrinos de los que le traian del brazo, que era el señor de Tezcuco y el señor de Cuyoacan, que se fuesen con nosotros hasta aposentarnos; y el Montezuma con los otros dos sus parientes, Cuedlauaca y el señor de Tacuba, que le acompañaban, se volvió á la ciudad, y tambien se volvieron con él todas aquellas grandes compañías de caciques y principales que le habian venido á acompañar; é cuando se volvian con su señor estábamos mirando cómo iban todos, los ojos puestos en tierra, sin miralle y muy arrimados á la pared, y con gran acato le acompañaban; y así, tuvimos lugar nosotros de entrar por las calles de Méjico sin tener tanto embarazo. ¿Quién podrá decir la multitud de hombres y mujeres y mucha-

chios que estaban en las calles é azuteas y en canoas en aquellas acequias que nos salian á mirar? Era cosa de notar, que agora, que lo estoy escribiendo, se me representa todo delante de mis ojos como si ayer fuera cuando esto pasó; y considerada la cosa y gran merced que nuestro Señor Jesucristo nos hizo y fué servido de darnos gracia y esfuerzo para osar entrar en tal ciudad, é me haber guardado de muchos peligros de muerte, como adelante verán. Doyle muchas gracias por ello, que á tal tiempo me ha traído para podello escribir, é aunque no tan cumplidamente como convenia y se requiere; y dejemos palabras, pues las obras son buen testigo de lo que digo.

E volvamos á nuestra entrada en Méjico, que nos llevaron á aposentar á unas grandes casas, donde habia aposentos para todos nosotros, que habian sido de su padre del gran Montezuma, que se decia Axayaca, adonde en aquella sazón tenia el gran Montezuma sus grandes adoratorios de ídolos, é tenia una recámara muy secreta de piezas y joyas de oro, que era como tesoro de lo que habia heredado de su padre Axayaca, que no tocaba en ello; y asimismo nos llevaron á aposentar á aquella casa por causa que como nos llamaban teules, é por tales nos tenían, que estuviésemos entre sus ídolos, como teules que allí tenia. Sea de una manera ú de otra, allí nos llevaron, donde tenia hechos grandes estrados y salas muy entoldadas de paramentos de la tierra para nuestro capitán, y para cada uno de nosotros otras camas de esteras y unos toldillos encima, que no se da mas cama por muy gran señor que sea, porque no las usan; y todos aquellos palacios muy lucidos y encalados y barridos y enramados; y como llegamos y entramos en un gran patio, luego tomó por la mano el gran Montezuma á nuestro capitán, que allí lo estuvo esperando, y le metió en el aposento y sala donde habia de posar, que la tenia muy ricamente aderezada para según su usanza, y tenia aparejado un muy rico collar de oro, de hechura de camarones, obra muy maravillosa; y el mismo Montezuma se lo echó al cuello á nuestro capitán Cortés, que tuvieron bien que admirar sus capitanes del gran favor que le dió; y cuando se lo hubo puesto, Cortés le dió las gracias con nuestras lenguas; é dijo Montezuma: «Malinche, en vuestra casa estáis vos y vuestros hermanos, descansad;» y luego se fué á sus palacios, que no estaban léjos; y nosotros repartimos nuestros aposentos por capitánias, é nuestra artillería asestada en parte conveniente, y muy bien platicada la órden que en todo habíamos de tener, y estar muy apercebidos, así los de á caballo como todos nuestros soldados; y nos tenían aparejada una muy suntuosa comida á su uso é costumbre, que luego comimos. Y fué esta nuestra venturosa é atrevida entrada en la gran ciudad de Tenustitlan, Méjico, á 8 días del mes de noviembre, año de nuestro Salvador Jesucristo de 1519 años. Gracias á nuestro Señor Jesucristo por todo. E puesto que no vaya expresado otras cosas que habia que decir, perdónenme, que no lo sé decir mejor por agora hasta su tiempo. E dejemos de mas pláticas, é volvamos á nuestra relacion de lo que mas nos avino; lo cual diré adelante.

CAPITULO LXXXIX.

Cómo el gran Montezuma vino á nuestros aposentos con muchos caciques que le acompañaban, é la plática que tuvo con nuestro capitán.

Como el gran Montezuma hubo comido, y supo que nuestro capitán y todos nosotros asimismo habia buen rato que habíamos hecho lo mismo, vino á nuestro aposento con gran copia de principales, é todos deudos suyos, é con gran pompa; é como á Cortés le dijeron que venia, le salió á la mitad de la sala á le recibir, y el Montezuma le tomó por la mano, é trajeron unos como asentaderos hechos á su usanza é muy ricos, y labrados de muchas maneras con oro; y el Montezuma dijo á nuestro capitán que se sentase, é se asentaron entrambos, cada uno en el suyo, y luego comenzó el Montezuma un muy buen parlamento, é dijo que en gran manera se holgaba de tener en su casa y reino unos caballeros tan esforzados, como era el capitán Cortés y todos nosotros, é que habia dos años que tuvo noticia de otro capitán que vino á lo de Champoton, é tambien el año pasado le trujeron nuevas de otro capitán que vino con cuatro navios, é que siempre lo deseó ver, é que ahora que nos tiene ya consigo para servirnos y darnos de todo lo que tuviese. Y que verdaderamente debe de ser cierto que somos los que sus antepasados muchos tiempos antes habian dicho, que vendrian hombres de acá donde sale el sol á señorear estas tierras, y que debemos de ser nosotros, pues tan valientemente peleamos en lo de Potonchan y Tabasco y con los tlascaltecas, porque todas las batallas se las trujeron pintadas al natural. Cortés le respondió con nuestras lenguas, que consigo siempre estaban, especial la doña Marina, y le dijo que no sabe con qué pagar él ni todos nosotros las grandes mercedes recibidas de cada día, é que ciertamente veníamos de donde sale el sol, y somos vasallos é criados de un gran señor que se dice el emperador don Carlos, que tiene sujetos á sí muchos y grandes príncipes, é que teniendo noticia dél y de cuán gran señor es, nos envió á estas partes á le ver é á rogar que sean cristianos, como es nuestro emperador é todos nosotros, é que salvarán sus ánimas él y todos sus vasallos, é que adelante le declarará mas cómo y de qué manera ha de ser, y cómo adoramos á un solo Dios verdadero, y quién es, y otras muchas cosas buenas que oirá, como les habia dicho á sus embajadores Tendite é Pitalpitoque é Quintalvor cuando estábamos en los arenales. E acabado este parlamento, tenia apercebido el gran Montezuma muy ricas joyas de oro y de muchas hechuras, que dió á nuestro capitán, é asimismo á cada uno de nuestros capitanes dió cositas de oro y tres cargas de mantas de labores ricas de pluma, y entre todos los soldados tambien nos dió á cada uno á dos cargas de mantas, con alegría, y en todo parecia gran señor. Y cuando lo hubo repartido, preguntó á Cortés que si éramos todos hermanos, y vasallos de nuestro gran emperador, é dijo que sí, que éramos hermanos en el amor y amistad, é personas muy principales é criados de nuestro gran rey y señor. Y porque pasaron otras pláticas de buenos comedimientos entre Montezuma y Cortés, y por ser esta la primera vez que nos venia á visitar, y por no le ser

pesado, cesaron los razonamientos; y habia mandado el Montezuma á sus mayordomos que á nuestro modo y usanza estuviésemos proveídos, que es maíz, é piedras é indias para hacer pan, é gallinas y fruta, y mucha yerba para los caballos; y el gran Montezuma se despidió con gran cortesía de nuestro capitán y de todos nosotros, y salimos con él hasta la calle, y Cortés nos mandó que al presente que no fuésemos muy léjos de los aposentos, hasta entender mas lo que conviniese. E quedarse há aquí, é diré lo que adelante pasó.

CAPITULO XC.

Cómo luego otro día fué nuestro capitán á ver al gran Montezuma, y de ciertas pláticas que tuvieron.

Otro día acordó Cortés de ir á los palacios de Montezuma, é primero envió á saber qué hacia, y supiese cómo íbamos, y llevó consigo cuatro capitanes, que fué Pedro de Albarado y Juan Velazquez de Leon y Diego de Ordás, é á Gonzalo de Sandoval, y tambien fuimos cinco soldados; y como el Montezuma lo supo, salió á nos recibir á la mitad de la sala, muy acompañado de sus sobrinos, porque otros señores no entraban ni comunicaban donde el Montezuma estaba, si no era á negocios importantes; y con gran acato que hizo á Cortés, y Cortés á él, le tomaron por las manos, é adonde estaba su estrado le hizo sentar á la mano derecha; y asimismo nos mandó sentar á todos nosotros en asientos que allí mandó traer; é Cortés le comenzó á hacer un razonamiento con nuestras lenguas doña Marina é Aguilar; é dijo que ahora, que habia venido á ver y hablar á un tan gran señor como era, estaba descansado, y todos nosotros, pues ha cumplido el viaje é mando que nuestro gran rey y señor le mandó; é lo que mas le viene á decir de parte de nuestro Señor Dios es, que ya su merced habrá entendido de sus embajadores Tendite é Pitalpitoque é Quintalvor, cuando nos hizo las mercedes de enviarnos la luna y el sol de oro en el arenal, cómo les dijimos que éramos cristianos é adoramos á un solo Dios verdadero, que se dice Jesucristo, el cual padeció muerte y pasión por nos salvar; y le dijimos, cuando nos preguntaron que por qué adorábamos aquella cruz, que la adorábamos por otra que era señal donde nuestro Señor fué crucificado por nuestra salvación, é que aquesta muerte y pasión que permitió que así fuese por salvar por ella todo el linaje humano, que estaba perdido; y que aqueste nuestro Dios resucitó al tercero día y está en los cielos, y es el que hizo el cielo y tierra y la mar, y crió todas las cosas que hay en el mundo, y las aguas y rocíos, y ninguna cosa se hace sin su santa voluntad; y que en él creamos y adoramos, y que aquellos que ellos tienen por dioses, que no lo son, sino diablos, que son cosas muy malas, y cuales tienen las figuras, que peores tienen los hechos; é que mirasen cuán malos son y de poca valía, que adonde tenemos puestas cruces como las que vieron sus embajadores, con temor dellas no osan parecer delante, y que el tiempo andando lo verian. E lo que agora le pide por merced es, que esté atento á las palabras que agora le quiere decir. Y luego le dijo muy bien dado á entender de la creacion del mundo, é cómo todos somos hermanos, hijos de un padre y de una madre, que se

decian Adán y Eva; cómo tal hermano, nuestro gran emperador, doliéndose de la perdición de las ánimas, que son muchas las que aquellos sus ídolos llevan al infierno, donde arden en vivas llamas, nos envió para que esto que ha oído lo remedie, y no adoren aquellos ídolos ni les sacrifiquen mas indios ni indias; y pues todos somos hermanos, no consientan sodomias ni robos; y mas le dijo, que el tiempo andando enviaria nuestro rey y señor unos hombres que entre nosotros viven muy santamente, mejores que nosotros, para que se lo dén á entender; porque al presente no veniamos á mas de se lo notificar; é así, se lo pide por merced que lo haga y cumpla. E porque pareció que el Montezuma queria responder, cesó Cortés la plática. E dijónos Cortés á todos nosotros que con él fuimos: «Con esto cumplimos, por ser el primer toque;» y el Montezuma respondió: «Señor Malinche, muy bien entendido tengo vuestras pláticas y razonamientos antes de agora, que á mis criados sobre vuestro Dios les dijistes en el arenal, y eso de la cruz y todas las cosas que en los pueblos por donde habeis venido habeis predicado, no os hemos respondido á cosa ninguna dellas porque desde ab-initio acá adoramos nuestros dioses y los tenemos por buenos, é así deben ser los vuestros, é no cureis mas al presente de nos hablar dellos; y en esto de la creacion del mundo, así lo tenemos nosotros creído muchos tiempos pasados; é á esta causa tenemos por cierto que sois los que nuestros antecesores nos dijeron que verian de adonde sale el sol, é á ese vuestro gran rey yo le soy en cargo y le daré de lo que tuviere; porque, como dicho tengo otra vez, bien há dos años tengo noticia de capitanes que vinieron con navios por donde vosotros venistes, y decian que eran criados dese vuestro gran rey. Querria saber si sois todos unos;» é Cortés le dijo que sí, que todos éramos criados de nuestro emperador, é que aquellos vinieron á ver el camino é mares é puertos para lo saber muy bien, y venir nosotros como veniamos; y decialo el Montezuma por lo de Francisco Fernandez de Córdoba é Grijalva, cuando venimos á descubrir la primera vez; y dijo que desde entonces tuvo pensamiento de ver algunos de aquellos hombres que venian, para tener en sus reinos é ciudades, para les honrar; é pues que sus dioses le habian cumplido sus buenos deseos, é ya estábamos en sus casas, las cuales se pueden llamar nuestras, que holgásemos y tuviésemos descanso; que allí seriamos servidos, é que si algunas veces nos enviaba á decir que no entrásemos en su ciudad, que no era de su voluntad, sino porque sus vasallos tenían temor, que les decian que echábamos rayos é relampagos, é con los caballos matábamos muchos indios, é que éramos teules bravos, é otras cosas de niñerías. E que agora, que ha visto nuestras personas, é que somos de hueso y de carne y de mucha razon, é sabe que somos muy esforzados, por estas causas nos tiene en mas estima que le habian dicho, é que nos daria de lo que tuviese. E Cortés é todos nosotros respondimos que se lo teniamos en grande merced tan sobrada voluntad; y luego el Montezuma dijo riendo, porque en todo era muy regocijado en su hablar de gran señor: «Malinche, bien sé que te han dicho esos de Tlascala, con quien tanta amistad

habeis tomado, que yo que soy como dios ó teule, que cuanto hay en mis casas es todo oro é plata y piedras ricas; bien tengo conocido que como sois entendidos, que no lo creíades y lo teníades por burla; lo que ahora, señor Malinche, veis: mi cuerpo de hueso y de carne como los vuestros, mis casas y palacios de piedra y madera y cal; de ser yo gran rey, si soy, y tener riquezas de mis antecesores, si tengo; mas no las locuras y mentiras que de mí os han dicho; así que tambien lo teneis por burla, como yo tengo lo de vuestros truenos y relámpagos. E Cortés le respondió tambien riendo, y dijo que los contrarios enemigos siempre dicen cosas malas é sin verdad de los que quieren mal, é que bien ha conocido que en estas partes otro señor mas magnífico no le espera ver, é que no sin causa es tan nombrado delante de nuestro emperador. E estando en estas pláticas mandó secretamente Montezuma á un gran cacique, sobrino suyo, de los que estaban en su compañía, que mandase á sus mayordomos que trujesen ciertas piezas de oro, que parece ser debieran estar apartadas para dar á Cortés diez cargas de ropa fina; lo cual repartió, el oro y mantas entre Cortés y los cuatro capitanes, é á nosotros los soldados nos dió á cada uno dos collares de oro, que valdria cada collar diez pesos, é dos cargas de mantas. Valia todo el oro que entonces dió sobre mil pesos, y esto daba con una alegría y semblante de grande é valeroso señor; y porque pasaba la hora mas de mediodía, y por no le ser mas importuno, le dijo Cortés: «El señor Montezuma siempre tiene por costumbre de echarnos un cargo sobre otro, en hacernos cada día mercedes; ya es hora que vuestra majestad coma;» y el Montezuma dijo que antes por haberle ido á visitar le hicimos merced; é así, nos despedimos con grandes cortesías dél y nos fuimos á nuestros aposentos, é íbamos platicando de la buena manera é crianza que en todo tenia, é que nosotros en todo le tuviésemos mucho acato, é con las gorras de armas colchadas quitadas cuando delante dél pasásemos; é así lo hacíamos. E dejémoslo aquí, é pasemos adelante.

CAPITULO XCI.

De la manera é persona del gran Montezuma, y de cuán gran señor era.

Seria el gran Montezuma de edad de hasta cuarenta años, y de buena estatura y bien proporcionado, é cenceño é pocas carnes, y la color no muy moreno, sino propia color y matiz de indio, y traia los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrian las orejas, é pocas barbas, prietas y bien puestas é ralas, y el rostro algo largo é alegre, é los ojos de buena manera, é mostraba en su persona en el mirar por un cabo amor, é cuando era menester gravedad. Era muy pulido y limpio, bañábase cada día una vez á la tarde; tenia muchas mujeres por amigas, é hijas de señores, puesto que tenia dos grandes cacicas por sus legítimas mujeres, que cuando usaba con ellas era tan secretamente, que no lo alcanzaban á saber sino alguno de los que le servian; era muy limpio de sodomías; las mantas y ropas que se ponía cada un día, no se las ponía sino desde á cuatro dias. Tenia sobre ducientos principales de su guarda en otras salas junto á la suya, y estos no para que hablasen

todos con él, sino cual ó cual; y cuando le iban á hablar se habian de quitar las mantas ricas y ponerse otras de poca valia, mas habian de ser limpias, y habian de entrar descalzos y los ojos bajos puestos en tierra, y no miralle á la cara, y con tres reverencias que le hacian primero que á él llegasen, é le decian en ellas: «Señor, mi señor, gran señor;» y cuando le daban relacion á lo que iban, con pocas palabras los despachaba; sin levantar el rostro al despedirse dél, sino la cara é ojos bajos en tierra hácia donde estaba, é no vueltas las espaldas hasta que salian de la sala. E otra cosa vi, que cuando otros grandes señores venian de léjas tierras á pleitos ó negocios, cuando llegaban á los aposentos del gran Montezuma habíanse de descalzar é venir con pobres mantas, y no habian de entrar derecho en los palacios, sino rodear un poco por el lado de la puerta de palacio; que entrar de rota batida teníanlo por descaró; en el comer le tenian sus cocineros sobre treinta maneras de guisados hechos á su modo y usanza; teníanlos puestos en braseros de barro, chicos debajo, porque no se enfriasen. E de aquello que el gran Montezuma habia de comer guisaban mas de trecientos platos, sin mas de mil para la gente de guarda; y cuando habia de comer, salíase el Montezuma algunas veces con sus principales y mayordomos, y le señalaban cuál guisado era mejor é de qué aves é cosas estaba guisado, y de lo que le decian, de aquello habia de comer, é cuando salia á lo ver eran pocas veces; é como por pasatiempo, oí decir que le solian guisar carnes de muchachos de poca edad; y como tenia tantas diversidades de guisados y de tantas cosas, no lo echábamos de ver si era de carne humana y de otras cosas, porque cotidianamente le guisaban gallinas, gallos de papada, faisanes, perdices de la tierra, codornices, patos mansos y bravos, venado, puerco de la tierra, pajaritos de caña y palomas y liebres y conejos, y muchas maneras de aves é cosas de las que se crien en estas tierras, que son tantas, que no las acabaré de nombrar tan presto; y así, no miramos en ello. Lo que yo sé es, que desde nuestro capitán le reprehendió el sacrificio y comer de carne humana, que desde entonces mandó que no le guisasen tal manjar. Dejemos de hablar en esto, y volvamos á la manera que tenia en su servicio al tiempo de comer, y es desta manera: que si hacia frio teníanle hecha mucha lumbre de ascuas de una leña de cortezas de árboles que no hacian humo, el olor de las cortezas de que hacian aquellas ascuas muy oloroso; y porque no le diesen mas calor de lo que él queria, ponian delante una como tabla labrada con oro y otras figuras de ídolos, y él sentado en un asentadero bajo, rico é blando, é la mesa tambien baja, hecha de la misma manera de los asentaderos, é allí le ponian sus manteles de mantas blancas y unos pañizuelos algo largos de lo mismo, y cuatro mujeres muy hermosas y limpias le daban aguamanos en unos como á manera de aguamaniles hondos, que llaman sicales, y le ponian debajo para recoger el agua otros á manera de platos, y le daban sus toallas, é otras dos mujeres le traian el pan de tortillas; é ya que comenzaba á comer, echábanle delante una como puerta de madera muy pintada de oro, porque no le viesen comer; y estaban apartadas las cuatro mujeres aparte,

y allí se le ponian á sus lados cuatro grandes señores viejos y de edad, en pié, con quien el Montezuma de cuando en cuando platicaba é preguntaba cosas, y por mucho favor daba á cada uno destos viejos un plato de lo que él comia; é decian que aquellos viejos eran sus deudos muy cercanos, é consejeros y jueces de pleitos, y el plato y manjar que les daba el Montezuma comian en pié y con mucho acato, y todo sin miralle á la cara. Servíase con barro de Cholula, uno colorado y otro prieto. Mientras que comia, ni por pensamiento habian de hacer alboroto ni hablar alto los de su guarda, que estaban en las salas cerca de la del Montezuma. Traíanle frutas de todas cuantas habia en la tierra, mas no comia sino muy poca, y de cuando en cuando traian unas como copas de oro fino, con cierta bebida hecha del mismo cacao, que decian era para tener acceso con mujeres; y entonces no mirábamos en ello; mas lo que yo vi, que traian sobre cincuenta jarros grandes hechos de buen cacao con su espuma, y de lo que bebia; y las mujeres le servian al beber con gran acato, y algunas veces al tiempo del comer estaban unos indios corcovados, muy feos, porque eran chicos de cuerpo y quebrados por medio los cuerpos, que entre ellos eran chocarreros; otros indios que debian de ser truhanes, que le decian gracias, é otros que le cantaban y bailaban, porque el Montezuma era muy aficionado á placeres y cantares, é á aquellos mandaba dar los relieves y jarros del cacao; y las mismas cuatro mujeres alzaban los manteles y le tornaban á dar agua á manos, y con mucho acato que le hacian; é hablaba Montezuma á aquellos cuatro principales viejos en cosas que le convenian, y se despedian dél con gran acato que le tenian, y él se quedaba reposando; y cuando el gran Montezuma habia comido, luego comian todos los de su guarda é otros muchos de sus serviciales de casa, y me parece que sacaban sobre mil platos de aquellos manjares que dicho tengo; pues jarros de cacao con su espuma, como entre mejicanos se hace, mas de dos mil, y fruta infinita. Pues para sus mujeres y criadas, é panaderas é cacaguoterías era gran costa la que tenia. Dejemos de hablar de la costa y comida de su casa, y digamos de los mayordomos y tesoreros, é despensas y botillería, y de los que tenian cargo de las casas adonde tenian el maíz, digo que habia tanto que escribir, cada cosa por sí, que yo no sé por dónde comenzar, sino que estábamos admirados del gran concierto é abasto que en todo habia. Y mas digo, que se me habia olvidado, que es bien de tornallo á recitar, y es, que le servian al Montezuma estando á la mesa cuando comia, como dicho tengo, otras dos mujeres muy agraciadas; hacian tortillas amasadas con huevos y otras cosas sustanciosas, y eran las tortillas muy blancas, y traíanlas en unos platos cobijados con sus paños limpios, y tambien le traian otra manera de pan que son como bollos largos, hechos y amasados con otra manera de cosas sustanciosas, y pan pachol, que en esta tierra así se dice, que es á manera de unas obleas. Tambien le ponian en la mesa tres cañutos muy pintados y dorados, y dentro traian liquidámbar revuelto con unas yerbas que se dice tabaco, y cuando acababa de comer, después que le habian cantado y bailado, y alzada la mesa, tomaba el humo de uno

de aquellos cañutos, y muy poco, y con elló se dormia. Dejemos ya de decir del servicio de su mesa, y volvamos á nuestra relacion. Acuérdomeme que era en aquel tiempo su mayordomo mayor un gran cacique que le pusimos por nombre Tapia, y tenia cuenta de todas las rentas que le traian al Montezuma, con sus libros hechos de su papel, que se dice amatl, y tenia destos libros una gran casa dellos. Dejemos de hablar de los libros y cuentas, pues va fuera de nuestra relacion, y digamos cómo tenia Montezuma dos casas llenas de todo género de armas, y muchas de ellas ricas con oro y pedrería, como eran rodela grande y chicas, y unas como macanas, y otras á manera de espadas de á dos manos, engastadas en ellas unas navajas de pedernal, que cortaban muy mejor que nuestras espadas, é otras lanzas mas largas que no las nuestras, con una braza de cuchillas, y engastadas en ellas muchas navajas, que aunque dén con ellas en un broquel ó rodela no saltan, é cortan en fin como navajas, que se rapan con ellas las cabezas; y tenian muy buenos arcos y flechas, y varas de á dos gajos, y otras de á uno con sus tiraderas, y muchas hondas y piedras rollizas hechas á mano, y unos como paveses, que son de arte que los pueden arrollar arriba cuando no pelean porque no les estorbe, y al tiempo del pelear, cuando son menester, los dejan caer, é quedan cubiertos sus cuerpos de arriba abajo. Tambien tenian muchas armas de algodón colchadas y ricamente labradas por defuera, de plumas de muchas colores á manera de divisas é invenciones, y tenian otros como capacetes y cascos de madera y de hueso, tambien muy labrados de pluma por defuera, y tenian otras armas de otras hechuras, que por excusar prolijidad las dejo de decir. Y sus oficiales, que siempre lababan y entendian en ello, y mayordomos que tenian cargo de las casas de armas. Dejemos esto, y vamos á la casa de aves, y por fuerza me he de detener en contar cada género de qué calidad eran. Digo que desde águilas reales y otras águilas mas chicas, é otras muchas maneras de aves de grandes cuerpos, hasta pajaritos muy chicos, pintados de diversas colores. Tambien donde hacen aquellos ricos plumajes que labran de plumas verdes, y las aves destas plumas es el cuerpo dellas á manera de las picazas que hay en nuestra España; llámanse en esta tierra quezales; y otros pájaros que tienen la pluma de cinco colores, que es verde, colorado, blanco, amarillo y azul; estos no sé cómo se llaman. Pues papagayos de otras diferenciadas colores tenia tantos, que no se me acuerda los nombres dellos. Dejemos patos de buena pluma y otros mayores que les querian parecer, y de todas estas aves pelábanles las plumas en tiempos que para ello era conveniente, y tornaban á pelechar; y todas las mas aves que dicho tengo, criaban en aquella casa, y al tiempo del encoclar tenian cargo de les echar sus huevos ciertos indios é indias que miraban por todas las aves, é de limpiarles sus nidos y darles de comer, y esto á cada género é ralea de aves lo que era su mantenimiento. Y en aquella casa habia un estanque grande de agua dulce, y tenia en él otra manera de aves muy altas de zancas y colorado todo el cuerpo y alas y cola; no sé el nombre dellas, mas en la isla de Cuba las llamaban ipiris á otras como ellas. Y tambien en aquel estanque habia otras raleas